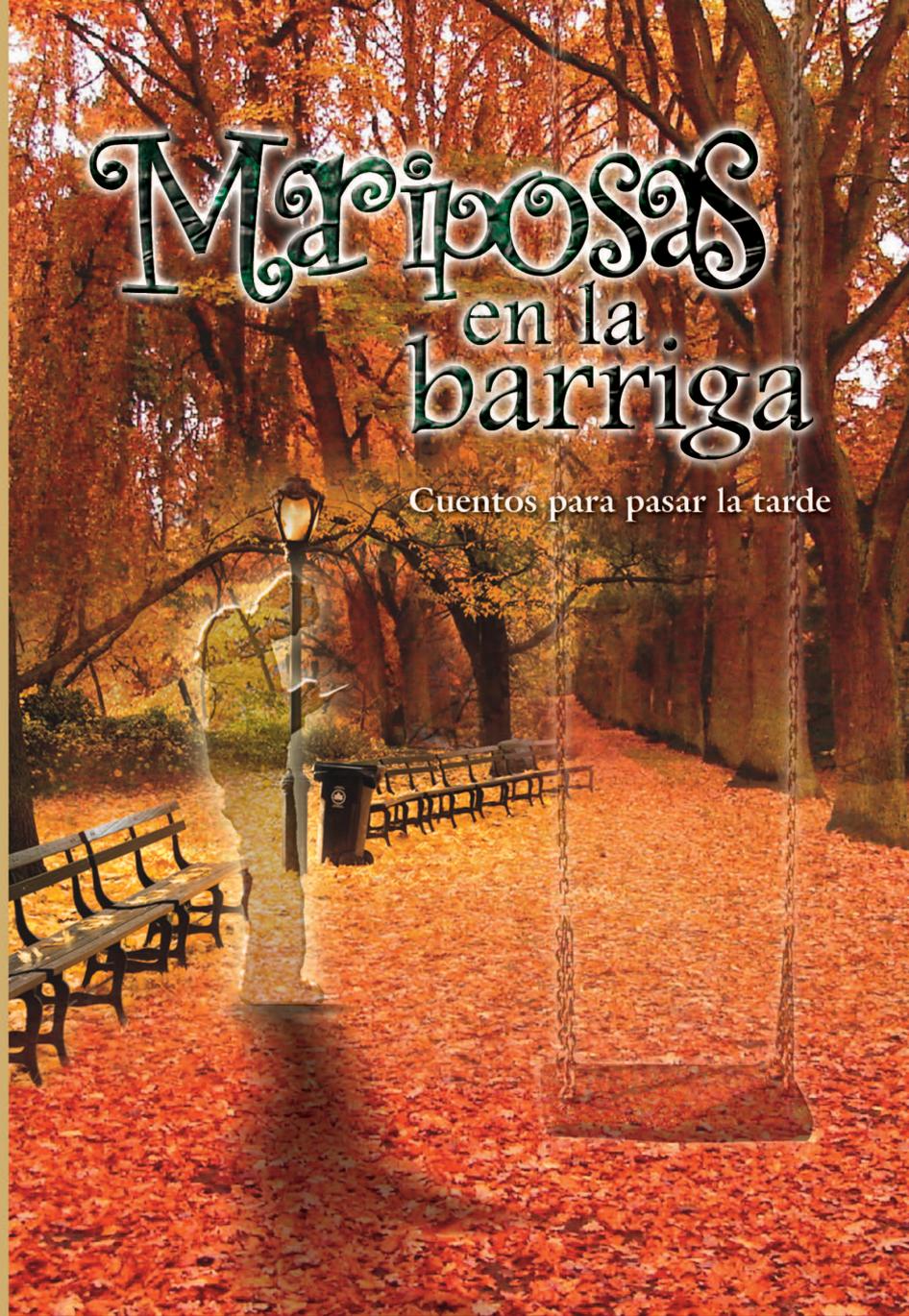


Mariposas en la barriga

Cuentos para pasar la tarde

FUNDACIÓN UNIVERSITARIA LUIS AMIGÓ
FONDO EDITORIAL



Juan Sebastián Acosta Zapata
Diana Patricia Aguirre Gallego
César Humberto Aristizábal Giraldo
Paula Andrea Baena Ortiz
Diana María Gómez Castañeda
Camilo Herrera Rodríguez

Jorge Ignacio Molina Hernández
Yudy Constanza Ortega Sánchez
Luis Pizano Palencia
Rodrigo Rafael Rivero Arroyo
Raúl Alberto Ruiz Madrigal
Luis Fernando Vallejo Gómez

Fundación Universitaria Luis Amigó

MARIPOSAS EN LA BARRIGA

Cuentos para pasar la tarde

Autores

Juan Sebastián Acosta Zapata
Diana Patricia Aguirre Gallego
César Humberto Aristizábal Giraldo
Paula Andrea Baena Ortiz
Diana María Gómez Castañeda
Camilo Herrera Rodríguez
Jorge Ignacio Molina Hernández
Yudy Constanza Ortega Sánchez
Luis Pizano Palencia
Rodrigo Rafael Rivero Arroyo
Raúl Alberto Ruiz Madrigal
Luis Fernando Vallejo Gómez

Medellín - Colombia, noviembre de 2008

ISBN

Diseño y diagramación: Henry Tirado Berrio

Correctora de estilo: Lorenza Correa Restrepo

Impreso y hecho en Colombia /Printed and made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial

Hecho el depósito de ley

Número de ejemplares: 200

Los autores son responsables del contenido de este libro. Por lo tanto, no comprometen ni el pensamiento ni la integridad de la Fundación Universitaria Luis Amigó.

CONTENIDO	Pág.
Presentación	5
Los días de taller	7
I PARTE	9
Ganadores del concurso	9
Primer puesto	11
• <i>Samala y las mariposas en la barriga</i> Juan Sebastián Acosta Zapata	11 11
Segundo puesto	19
• <i>El hombre del camino</i> Jorge Ignacio Molina Hernández	19 19
II PARTE	27
Otros cuentos de los concursantes	27
• <i>Cuidado con tus vecinos</i> Diana Patricia Aguirre Gallego	29 29
• <i>Un lugar encantado</i> César Humberto Aristizábal Giraldo	35 35
• <i>Cuando la sangre llama</i> Paula Andrea Baena Ortiz	41 41
• <i>Emilio y el águila</i> Diana María Gómez Castañeda	49 49
• <i>Tie-break</i> Camilo Herrera Rodríguez	55 55
• <i>Perorata</i> Yudy Constanza Ortega Sánchez	63 63

• <i>Hoy sí</i>	67
Luis Pizano Palencia	67
• <i>Batalla final</i>	71
Rodrigo Rafael Rivero Arroyo	71
• <i>Zapatos de tacón</i>	79
Raúl Alberto Ruiz Madrigal	79
• <i>Medellín a lomo de mula</i>	85
Luis Fernando Vallejo Gómez	85
III PARTE	91
Trabajos durante el taller	91
• <i>Esperanza</i>	93
Juan Sebastián Acosta Zapata	93
• <i>Su primer suspiro</i>	99
Paula Andrea Baena Ortiz	99
• <i>Grandes desconocidos</i>	103
Diana María Gómez Castañeda	103
• <i>PS1</i>	109
Camilo Herrera Rodríguez	109
• <i>Piratas de agua dulce</i>	115
Luis Pizano Palencia	115
• <i>La modista</i>	127
Rodrigo Rafael Rivero Arroyo	127
• <i>La tormenta que anuncia el cielo</i>	131
Raúl Alberto Ruiz Madrigal	131
• <i>Jaque</i>	137
Luis Fernando Vallejo Gómez	137

PRESENTACIÓN

Uno de los objetivos propuestos por la Fundación Universitaria Luis Amigó para dar cumplimiento a su misión es la formación y el desarrollo humano integral. El componente cultural y estético juega un papel preponderante en este aspecto y la escritura se convierte en un sólido baluarte para orientar y dar cuenta de la estructura del pensamiento.

Por esta razón, la Funlam promovió en el año 2008 un concurso de cuento con motivo de la Décima Semana del Lenguaje, evento que se ha venido programando año tras año en el mes de abril. En la convocatoria participaron treinta estudiantes de los diferentes programas.

El jurado designado para la valoración de los cuentos encontró que muchos de ellos cumplían con los requisitos básicos para ser publicados. Esta razón, además del incentivo motivacional que podría significar para los autores el hecho de ver impresos sus trabajos y de la intención de incrementar la escritura en la institución, llevó al Comité Directivo a tomar la decisión de publicarlos, siempre y cuando los estudiantes autores participaran en un taller de escritura para el mejoramiento de sus textos.

Para coordinar el taller se contrataron los servicios de Claudia Ivonne Giraldo Gómez, profesional en Filosofía y Letras, especialista en literatura, escritora, directora y realizadora de programas de televisión, con amplia experiencia en cursos de redacción para ejecutivos de empresas, directora de talleres de creación literaria en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, la Universidad de Antioquia y la Academia Yurupary. Es también codirectora de la revista Odradek, el cuento y de la colección Madremonje, además de ser autora de la novela El cuarto secreto, y del libro de cuentos El hijo del dragón.

Por múltiples razones no todos los estudiantes que habían concursado pudieron asistir a los talleres de Claudia. Sólo una tercera parte, aproximadamente, pudo aprovechar las enseñanzas y orientaciones de la escritora.

La presente obra es el resultado de este trabajo y muestra el esfuerzo que viene realizando la Funlam para promover las potencialidades de sus estudiantes en cuanto a la escritura se refiere.

Estamos seguros de que el lector, al recrearse con la lectura de esta colección de cuentos, y en la medida en que vaya deshojando imaginarios, ilusiones, sueños, angustias y temores, al igual que sensaciones extrañas en el recorrido por los espacios y ambientes del texto, podrá deducir la calidad de su contenido. No en vano, el comité institucional de la Funlam ha decidido establecer, a partir de ahora, el taller de escritores amigonianos.

Queremos agradecer a los estudiantes por su interés y participación; a Claudia Ivonne por su dedicación al taller de escritura, para que los cuentistas afinaran sus trabajos; y, obviamente, a la Funlam por el esfuerzo que hace para poner en circulación la presente edición.

Ésta es la primera entrega de muchas otras que, en el futuro, existirán como producto del taller de escritores amigonianos.

JOSÉ JAIME DÍAZ OSORIO

Vicerrector Académico

LOS DÍAS DE TALLER

Tal vez no exista una reunión más cálida y esperanzadora que las que se celebran en los talleres de escritura creativa, o talleres literarios, como también se les conoce. Allí, personas que hasta el momento son desconocidas y hasta lejanas, por influjo de las palabras de sus textos, conforman un grupo que con el transcurrir de los días se vuelve entrañable, a fuerza de compartir. Las personas que comienzan a escribir textos creativos exponen ante los demás su pensamientos más íntimos, sus emociones, sus ideas y convicciones. Por eso, el cariño que se crea entre todos y la sensación de que en ese ritual de la palabra que es un taller, nos acercamos al momento más prístino de la comunicación humana.

Los textos que presentamos en la primera y segunda partes de esta edición fueron puestos a consideración del jurado del Concurso de Cuento Funlam 2008. Aquí están el ganador, el segundo puesto y algunos de los concursantes. Durante dos meses —ellos sacrificaron sus vacaciones—, fuimos revisando cada uno de los cuentos, leyéndolos ante el grupo, analizándolos, reescribiéndolos, hasta que las historias se fueron concretando, depurando las palabras; fuimos comprendiendo la mecánica interna de cada una de estas ficciones en las que la vida, el amor y la muerte, marcan su presencia contundente y personal.

Como las reuniones cada vez eran más agradables e intensas, buenos días de taller, muchos trajeron, incitados por algunos ejercicios literarios, una segunda y hasta una tercera historia. Y éstas, luego de ser analizadas, corregidas, pulidas, son las que conforman la tercera parte del libro.

Espero que esta experiencia perdure en quienes hoy presentan sus trabajos, para algunos de ellos, los primeros; espero que sigan en su empeño con la escritura, que requiere talento, sí, pero también mucha dedicación y muchas ganas.

Agradezco a la Funlam el haber podido trabajar con un grupo de personas cálidas, receptivas y talentosas; les deseo, de corazón, los mayores éxitos para sus vidas.

CLAUDIA IVONNE GIRALDO GÓMEZ

Directora del taller

MARIPOSAS EN LA BARRIGA

**I PARTE
GANADORES DEL CONCURSO DE CUENTOS**



PRIMER PUESTO

*Samala y las mariposas
en la barriga*



Juan Sebastián Acosta Zapata

A mis padres, mis más amados captores.

Hoy se levantó temprano. Hace varias semanas, desde que lo vio por primera vez, no logra dormir en calma. En las noches lo siente caminar por la casa, abrir la puerta de su habitación y plantarle un beso en el rincón derecho de la boca, un besito tímido y a la vez coqueto. Le gusta que la bese así porque siempre ha considerado que esos son los mejores besos: ni tan lascivos como los que se dan en la boca, ni tan hipócritas como los de las mejillas; pero cuando extiende las manos para abrazarlo y se da cuenta de que el supuesto beso es otra jugarreta de su mente, y que la única manera de poder tocarlo es dormir de nuevo, prefiere levantarse.

Se sienta en el borde de la cama, saca la peinilla del cajón y comienza a peinarse; no tiene espejo porque hace unas noches un señor que vino con su mamá lo quebró de rabia; ella cree saber por qué. Tal vez su mamá estaba tan borracha que no cumplió con su parte del negocio y el señor se molestó; tal vez...; igual, no le importa mucho. Mientras se peina y los primeros rayos de sol le dan brillo a su cabello negro, se acuerda del sueño, del beso en el esquinita de los labios y la boca le sabe a chocolate.

Después de peinarse, va a la cocina y busca una bolsa de su talla —digo de su talla porque cuando la encuentra se la pone en la cabeza para no mojarse el pelo—; y es que aunque ahora tengan agua todos los días, ella solo se lava el cabello dos veces por semana, dice que así conserva el color.

Todavía recuerda la primera vez que lo vio; de no haber sido por su pelo él no le hubiera hablado, está segura de eso; fue su pelo el que hizo que él le hablara esa tarde:

—¡Ey, tú, la del pelo negro!

Ella se volteó despacio, como con miedo y se señaló a sí misma preguntándole a él si era a ella a quien se refería.

—Sí, tú —acabó de decir esto y corrió hasta ella. Desde la esquina se escuchaban los silbidos de los muchachos que no

perdían oportunidad para reírse de su amigo, quien jadeante le preguntó: —¿Cómo te llamas?

—Samala... —contestó titubeante.

—Y, ¿vivís por acá?

Tardó mucho en contestar porque se había quedado mirándole el pecho. Aunque ya antes había visto a muchos de los amigos de su mamá pasearse medio desnudos por la casa, nunca había contemplado un torso tan bello: dorado por el sol, fuerte, con los músculos perfectamente definidos, unas gotitas de sudor resbalan desde su cabeza.

—¿Qué me dijiste?

—¿Que si vivís por acá?

—Ah sí, vivo a unas cuadras.

—Yo me llamo Jesús. ¿Te puedo pedir un favor?

—Depende... —contestó asustada.

—¿Me darías tu teléfono?

Una sonrisita se pintó sin querer en el rostro de la niña.

—No, yo no tengo teléfono, pero si quieres, me acompañas hasta mi casa.

Ésa fue la primera vez que lo vio y, por alguna extraña manía que tienen las mujeres, recuerda todo lo que pasó ese día, desde los temas de conversación hasta las chanquetas azules que él tanto trató de disimular. En realidad, Samala no le prestó mucha atención a las chanquetas, pero recuerda su color azul porque durante todo el recorrido los nervios la obligaban a mirar hacia el suelo; de no haber sido por eso ni lo hubiera notado.

Cuando se despidieron, sin decir nada distinto a un “hasta luego”, ambos sabían que algo en ellos había cambiado, que las cosas ya no eran iguales: en su vientre, en el de ambos, algo estaba pasando; se apoderó de ellos una sensación de inquietud en el estómago, como si algo revoloteara dentro de ellos.

Mientras se acomoda la bolsa en la cabeza para que ningún mechón le quede por fuera, piensa:

—Ve y sí..., ya van meses con esa sensación... ¿Qué será?, ¿estaré enferma?, pero sólo me siento así desde que lo conocí. ¿Será que me contagió algo? ¿Será que le pregunto a mamá? No, mejor no, igual no se siente tan mal, se siente como... se siente como...

El sonido de unos golpes en la puerta la sacó de sus cavilaciones; se quitó la bolsa de la cabeza y caminó hasta la ventana, retiró la cortina y por ese espacio pudo ver la calle: parada al pie de su puerta hay una vieja, tiene en la cabeza una pañoleta, seguramente para cubrirse del sol, trae puesto un vestido raído y anda descalza.

Justo cuando va a cerrar la cortina para ignorar a la anciana, ésta, como si lo supiera, voltea y la mira directamente a los ojos. Samala se siente inmensamente triste. La cara de la anciana parece fijada en el desconsuelo, como si nunca hubiera tenido una alegría en su vida. La niña, conmovida, le pregunta en qué le puede servir. La vieja comienza a hablar de un pueblo lejano de donde le tocó venirse por la violencia; le dice que no le pide dinero porque no quiere ser limosnara, pero que por favor le regale un poco de comida y agua para mojarse los pies. Samala baja la mirada y ve que los pies de la vieja están rojos y con pequeñas heridas; la anciana le dice que nunca había caminado tanto y que no pensaba que la tierra de la ciudad fuera tan áspera. Samala suelta la cortina, corre al patio y vuelve con una ponchera llena de agua; la vieja se sienta, estira los pies, los mete en el agua y trata de sonreír.

—Señora, no tengo nada que darle. Si quiere, compartimos mi desayuno.

La anciana no responde, pero los ojos se le iluminan. La niña corre a la cocina y vuelve con dos tajadas de pan y dos pocillos de agua de panela caliente. Comienzan a comer. Samala decide cederle su tajada de pan y mirada tras mirada empiezan a trabar conversación. La niña se siente en confianza con la anciana y

decide preguntarle por la supuesta enfermedad que la aqueja desde que vio a Jesús. Y es que, ¿qué más podía hacer? Su mamá nunca estaba en casa y cuando estaba no podía ni valerse por sí misma; sus amigas del colegio no solían hablarle mucho por ser la hija de la “vagabunda”; no le quedaba más opción entonces que esta vieja, que además parecía tener la sabiduría para explicarle.

—Señora, ¿le puedo preguntar algo? —dijo con una vocecita débil.

—Sí, claro, mijita, pero sepa que yo no estudié y de esas cosas de la escuela yo no sé nada.

—No, no es nada de eso.

Samala comienza hablando de la mirada de Jesús, de sus chancletas azules y luego de la enfermedad, la misma que se acentuaba cuando lo veía; la vieja la mira y con cara de mamá le dice:

—Eso que sientes en la barriga son mariposas que se meten a tu vientre desde sus ojos y a través de los tuyos...

Después de decir esto retira los pies de la ponchera, se pone de pie, recoge una bolsita que puso en el suelo y se despide.

Samala le hace un ademán de despedida mientras la ve descender por la calle. En la cocina se da cuenta de que el reloj marca las 11:20; sabe que tiene que estar lista a las 12:10 porque Jesús, como todos los días desde hace dos meses, va a pasar por ella y la llevará en la moto hasta el colegio.

—Ehhh, y hablando de esa moto, yo todavía no creo que el papá se la haya regalado. ¿Ese señor con qué plata? Como no vaya a salir cierto lo que dicen por ahí... ¡Ahhh, yo sí soy boba! Jesús no es capaz de robarle a nadie, si casi ni me roba un pico.

Se duchó rápido y salió del baño vestida. La presencia constante de extraños en la casa la había hecho vestirse en el baño, así estuviera sola; su alcoba no era segura, no tenía puerta y la

ventana casi nunca tenía cortina. Se peinó y, suponiendo que estaba bella, salió a la puerta para esperar a su amor.

El barrio estaba un tanto inquieto, pasaba la gente apurada; incluso don Arturo, que nunca cerraba la tienda, corría hacia la esquina. Eso era normal en el barrio, seguramente a don Joaco la mujer le estaba tirando otra vez la ropa por la ventana; se lo merecía por borracho, pensó Samala mientras se reía.

—Oiga, oiga, ¿qué es lo que pasa en la esquina?

—Yo no sé, como que mataron a alguien —le respondió la extraña.

Temiendo lo peor, comenzó a caminar con lentitud hacia la esquina. Tal vez ella lo sabía hace tiempo, no era normal que sin trabajar le pudiera comprar tantos regalos; además, a veces veía en sus ojos la misma expresión que tenían los amigos de su mamá, el mismo tono rojizo, la misma profundidad, como si fueran una ventanita del infierno.

Le bastó con ver las chancletas azules para confirmar lo que temía: cuando todos la vieron llegar esperaron, casi como si estuvieran en un circo, a que gritara; pero no, en ningún momento gritó, ni siquiera una lágrima salió de sus ojos. La multitud, al ver que no lloraba, le retiró la atención y se enfrascó en el chismorreó.

La señora que vendía mangos en la esquina, aseguraba que él le estaba diciendo a los amigos que se iba, que tenía que recoger a una niña, y que se pillaban en un rato, cuando de la nada salió un tipo con un arma y disparó tres veces: dos en el cuerpo de Jesús y una en el poste de la energía. Cayó en el asfalto. Aún tenía los ojos abiertos, seguramente escuchó cuando la gente que estaba en la esquina decía en voz baja que era mejor no ayudarlo porque no se sabía qué debía, y que era mejor no meterse; murió sabiendo que podía vivir. La armadura de piel y oro tenía dos orificios a la altura del corazón; el que disparó no era un aprendiz, tenía que saber lo que hacía.

La madre de Samala, despreocupada como de costumbre, venía apenas llegando; tenía el maquillaje corrido y caminaba como si aún estuviera borracha; tal vez lo estaba. Venía cantando por la calle y no prestó mucha atención al bullicio, quizá ni lo notó. Entró a su casa y buscó la cama: la noche le duele en los pies cada vez que se pone tacones altos.

Un grito estrepitoso alarmó al barrio: la “vagabunda” había encontrado a su hija, esa tal Samala, tirada en su habitación, desnuda, bañada en sangre, con un hueco en la barriga que parecía hecho con las uñas mismas, y a los pies del cuerpo blanco que refulgía en la habitación, una nota que decía:

De sus ojos ya no brotarán más mariposas, los míos ya no las verán, yo ya no las quiero sentir más.

Juan Sebastián Acosta Zapata

Se me pidió para este libro, una presentación corta y en tono divertido... Aún no entiendo qué podría tener de divertido presentarse a sí mismo. No hay nada más difícil que decir quién es uno. Me dan cinco líneas para contarle a usted, desprevenido lector, quién soy yo; y como para esa pregunta ni yo mismo tengo todavía respuesta, sólo le diré que estudio psicología y que escribo cuentos porque me conectan con mi infancia. Y es que nunca quiero llegar a ser tan adulto que se me olvide ser niño.